

PARA QUE NO VENZA EL ODIO

Por ROBERTO VEIGA GONZÁLEZ

Ilustración: BALLATE

Cualquier sociedad que pretenda lograr una convivencia saludable, encaminada hacia el progreso y el equilibrio, está obligada a reconocer y potenciar toda su diversidad, también en lo concerniente a la política. La política es una cuestión escabrosa, pues puede tender al enfrentamiento y hasta a la ruptura entre hermanos de una misma nación, pero imprescindible porque desde ese que hacer se debe cincelar el orden que facilita la realización de todas las aspiraciones humanas.

Sin embargo, para lograr esto último, el desempeño de toda la diversidad política de una sociedad, ha de imponerse como objetivo lograr una articulación complementaria entre todas las partes políticas e ideológicas, por medio del diálogo y del consenso –única metodología verdadera del ejercicio de la política, cuando ella es entendida como un servicio a la comunidad-. Por supuesto que no estará exenta de diferencias, debates y hasta de acaloramientos, pero siempre sin romper los cánones de la civilización y teniendo presente que todo debate debe estar condicionado por un propósito fundamental: el bienestar general, que muchas veces trasciende nuestras particularidades, dolores y preferencias. Esto, como es lógico, reclama humildad, altura de espíritu.

Lamentablemente, en muchos cubanos ha existido una carencia sustancial de estas cualidades que acabo de apuntar (la humildad y la altura de espíritu), así como del método por excelencia para la práctica política (el diálogo y el consenso). Esta realidad hizo que diera al traste la República fundada en 1902 gracias al sacrificio de un número



elevado de cubanos, de varias generaciones. No obstante, es importante señalar que la refundación de la República, pretendida por la Revolución que triunfó el 1 de enero de 1959, no ha llegado a promover ese diálogo que genera un consenso pleno en algunos principios fundamentales a fin de procurar la articulación complementaria entre todas las partes políticas e ideológicas. Esto, con independencia de todas las buenas obras que se han realizado y de las loables intenciones que se han mostrado, contribuyó a acrecentar el daño, que ya existía en el período

pre-revolucionario, a la debida comunión nacional, pilar de la prosperidad de todos y de cada uno de los cubanos. Y si a esto se suman algunos métodos empleados para combatir o refutar a los adversarios políticos e ideológicos –aun cuando fueran pacíficos-, se comprende además que puede existir por parte de muchos de ellos una alta dosis de animadversión.

No obstante, la historia ha marcado este tiempo como el momento preciso para comenzar a enmendar muchos errores. Existe entre los cubanos un sentimiento cada vez más generalizado

a favor del encuentro y de la concordia entre todos, pensemos como pensemos y hayamos hecho lo que hayamos hecho. Es triste que aún existan sectores que no vibren con este anhelo, tanto en las esferas oficiales, como entre otros cubanos, que pueden residir en la Isla o en el extranjero. También los hay, es necesario reconocerlo, entre los cristianos, quienes por supuesto son tan humanos como cualquiera para sentir algún tipo de rencor, pero deben estar capacitados para comprender que ello es un pecado y por tanto están obligados a desterrarlo.

Me es imposible asegurar que exista una política de Estado encaminada a rectificar estos daños, hasta donde sea posible. Igualmente se advierte que entre los revolucionarios algunos no estarían de acuerdo; sin embargo, se atisban gestos incipientes, pero importantes, de algunas autoridades, que parecen encaminados a aceptar y a convivir con lo diverso. Y lo más importante, y que sí puedo asegurar, es que muchos de los integrantes de la oficialidad cuando se relacionan con personas ajenas a su filiación ideológica y tratan diversos temas, lo suelen hacer con humildad, con espíritu de diálogo y con afán de lograr consensos.

Esto no basta para asegurar que oficialmente se intentaría la articulación complementaria de todas las partes políticas e ideológicas, para potenciar el diálogo y el consenso como los métodos esenciales del acontecer político. Pero es un signo positivo —es indudable. El Estado debe dar aún pasos audaces en relación con este asunto, pues ello contribuirá a ensanchar el clima de confianza y de esperanza necesario para que se anulen las posturas viscerales que obstaculizan la comunión nacional.

Por otro lado, también es importante resaltar que el Gobierno cubano podría mostrar más flexibilidad para comenzar dicha apertura cuando deje desentirse hostigado por determinados sectores que parecen estar esperando siempre la oportunidad para pasarle la cuenta. Mientras esta posibilidad permanezca, sólo se conseguirá el atrincheramiento, así como un alejamiento

de la ansiada y necesaria apertura, pues nadie baja la guardia mientras el otro lo amenace. Es doloroso que esto ocurra, pues aunque existan causas para sentir disgusto, jamás es razonable el odio y la venganza.

Es muy lamentable la manera en que algunos sectores de cubanos tratan los asuntos de su patria (sobre todo desde la diáspora, que es donde utilizan ampliamente los medios de comunicación), casi siempre influidos por el odio hacia quienes gobiernan, y en muchos casos por el odio también hacia la población que no los despoja del poder. Cuán penoso es el tratamiento que en ocasiones le dan a la Iglesia Católica como institución, y a varias de sus publicaciones, en especial a esta en la que escribo, *Espacio Laical*, por el solo hecho de no odiar, de reconocer la legitimidad de todos los cubanos, de desear una apertura pero desde el encuentro y la solidaridad y sin venganzas.

Y lo más lamentable es que muchos de esos que nos exigen desatar el odio (que no sentimos) y procurar el derrocamiento del gobierno (lo cual no es la solución para lograr los cambios graduales y armónicos que Cuba necesita,

Cuán penoso es el tratamiento que en ocasiones le dan a la Iglesia Católica como institución, y a varias de sus publicaciones, en especial a esta en la que escribo, *Espacio Laical*, por el solo hecho de no odiar, de reconocer la legitimidad de todos los cubanos, de desear una apertura pero desde el encuentro y la solidaridad y sin venganzas.

todo lo contrario), no mostraron esa actitud mientras vivían en la Isla. Es más, no pocos de ellos en algún momento fueron actores protagónicos, o simpatizantes, de las políticas del gobierno.

Aclaro que no cuestiono la posibilidad legítima de alejarse de la Revolución, pues quien escribe ha sido un revolucionario de corazón que hace ya muchos años tomó una distancia reflexiva de la misma, como única ideología rectora de mi pensamiento. Y lo hice no porque cambié mis principios, lo cual en mi opinión sería una falta de integridad, sino porque los profundicé. Es cierto que pude profundizarlos sin distanciarme, pero advertí que redefinirse según los signos de los tiempos es la única manera de madurar y consolidarse, e incluso de hacer el bien a todo nuestro pueblo, incluyendo a quienes tienen compromisos grandes con la Revolución.

A menudo me pongo en el lugar de éstos y trato de comprender la molestia que pueden sentir con lo que digo y escribo, cuando al hacerlo discrepo en algo con sus posiciones, sobre todo porque un día fui como ellos. No obstante, y repito, trato de comprenderlos y no los recrimino, mucho menos siento odio por ninguno de esos compatriotas. Tampoco odio a esos otros hermanos que nos cuestionan, muchas veces de manera ofensiva. Pueden estar seguros de que si algo hago en relación con ellos es orar para que consigan sosiego y pretender dialogar para entendernos. Y no soy una excepción, quiero aclararlo. Conozco a muchos, muchísimos, que piensan y sienten como yo.

El odio no construye. Es hora de que cada cubano se imponga el amor, sin importar le qué haga el prójimo, pues esa será la mejor manera de generalizarlo. Quien aún no confíe en la fuerza transformadora del amor, por favor, medite con el Nuevo Testamento. Y si no desea valorar ese texto revelado, pero respeta a José Martí, el apóstol de nuestra independencia, estudie su obra. Quien no asuma el amor, que me perdone, pero estará dañando al país y empobreciendo el ejercicio de su patriotismo.

